



*Francisco Belmar*

A decorative flourish consisting of a long, sweeping line that curves under the name and extends to the right.

**EL LICENCIADO DON FRANCISCO BELMAR**

Por el Prof. ALBERTO MARIA CARREÑO

Bien fecundo ha sido nuestro país en inteligencias superiores, las cuales con brillo extraordinario han sobresalido en las diversas manifestaciones de la inteligencia humana. La Astronomía que al asomarse al infinito ha logrado descubrir otros mundos junto a los cuales el nuestro resulta una nada; la Geología, que con anhelos por conocer cómo ha evolucionado el globo que habitamos, ha realizado un estupendo análisis; la Biología, que en su asombro ante el misterio de la existencia material de los seres creados, va paciente, pero constante escudriñando ese misterio; la Ingeniería, que en sus múltiples aspectos, es uno de los más poderosos auxiliares de la sociedad moderna; la Medicina, que bien pudiera llamarse la ciencia de la vida y de la muerte, porque de la muerte misma saca elementos para defender la vida; y la Física y la Química; la Filosofía y el Derecho; la Historia y la Geografía; la Economía Política y la Sociología; las ciencias y las artes todas que han atraído la atención del hombre, han tenido en México eximios representantes.

¿Cómo no habían de tenerlo la Filología y la Etnología nuestras, si han logrado la mundial importancia que han alcanzado? No, no podían faltar y no faltaron; y si no queremos remontarnos a muy lejanos tiempos, bastará que concentremos nuestras miradas en el siglo XIX y en lo que va del actual, para descubrir filólogos y etnólogos eminentísimos.

Por de contado que no significa esto que las lenguas indí-

genas no hubieran sido antes objeto de sagaces y notables estudios. Bien sabemos, por ejemplo, que durante el primer cuarto del siglo XVI, al llegar al país recién conquistado el grupo de franciscanos que encabezaba Fr. Martín de Valencia, el lego dos veces noble, Fr. Pedro de Gante —noble por su estirpe real y nobilísimo por su obra en favor de nuestros indios— declaró que él y quienes con él habían iniciado la cultura de los aborígenes habían estado consagrados al estudio de una Teología singular: “la que de todo punto ignoró San Agustín” o sea la lengua de los indios, para poder instruirlos.

Pero si este esfuerzo no tuvo otro objeto que conocer el idioma para entenderse con aquellos a quienes se quería ganar espiritualmente, a poco surgen verdaderos filólogos que se entregan a estudiar la estructura de lenguas y dialectos, y que producen “Artes”, “Gramáticas”, “Vocabularios”, todos los notables libros que, como arcas valiosas, encierran los tesoros que son aquellas lenguas y aquellos dialectos para conocer los orígenes y aun las vicisitudes de los primitivos pobladores de esta región de América.

Nada quizá, sin la obra de esos escritores analistas, glotólogos verdaderos muchos de ellos, hubieran podido hacer en nuestros días quienes se han consagrado a este linaje de investigaciones; porque muchas de las lenguas que estudiaron se han perdido para siempre, o se han transformado por completo.

Igual cosa tenemos que confesar en cuanto se relaciona con la moderna Etnología nuestra: sus orígenes arrancan de la observación de los mismos conquistadores y de los primeros misioneros; Don Hernando Cortés y Fr. Bernardino de Sahagún; Bernal Díaz del Castillo y Fr. Diego Durán; el Conquistador anónimo y Fr. Jerónimo de Mendieta son, por decirlo así, creadores de nuestra Etnología. Ellos pintaron cuadros interesantísimos, donde se ven de relieve los hábitos, las costumbres, los vicios, las virtudes de nuestros pueblos primitivos.

Y tras de aquellos puntuales apuntadores de este género de noticias, viene toda una pléyade admirable de escritores

cuya labor ha traspuesto los límites de la patria, para atraerles a ella y a ellos renombre y gloria.

Entre tan distinguidos mexicanos se encuentra el inolvidable filólogo y etnólogo Don Francisco Belmar.

Diversas monografías suyas demuestran los vastos, los hondos conocimientos lingüísticos que poseyó, y la rara habilidad con que supo hacer la disección de los elementos constitutivos de nuestras vernáculos lenguas; elementos que permitiéronle establecer linajes, agrupar familias, fijar, en fin, las genealogías fundamentales de los numerosísimos idiomas y dialectos que se hablan en los vastos confines de nuestro país.

Pero su obra monumental, la que hará que su nombre perdure para siempre en los anales de la Lingüística, es su GLOTOLOGIA INDIGENA MEXICANA; obra de enorme erudición; de investigación personal y directa observación, tan grandes como aquélla.

Un hado fatídico, sin embargo, ha hecho que este libro no sea en el actual momento tan generalmente conocido, como espero lo será bien pronto. El ejemplar que yo poseo, lleva la siguiente inscripción de mi mano, fechada en 1914:

"Esta obra está inédita todavía y quizá jamás vea la luz pública. Por bondad de su autor, el Magistrado D. Francisco Belmar, me obsequió los únicos pliegos que había impreso. No ha continuado después el trabajo."

Y lo continuó después y lo llevó a remate; pero las amarguras que sufrió cuando dejó de ser Magistrado a la Suprema Corte de Justicia y torvas pesadumbres llamaron a las puertas de su hogar, produjeron tal desaliento y tal desolación, que una parte de lo escrito y no impreso fue destruido por él mismo.

Pasaron los años; nuevos acontecimientos agravaron las condiciones de su existencia, y entonces un corazón bien puesto y generoso ideó salvar aquella obra del olvido. Como carecía, sin embargo, de los elementos pecuniarios para ello, acudió a quien por aquellos días era impresor más por amor al arte admirable de Gutenberg, que por mero lucro de dine-

ro, y encontró desde luego su decidido apoyo. Mas el temporal impresor no podría por sí solo afrontar el alto valor de la edición, y ambos acudieron a un eminente etnólogo, acaso más mexicano que francés, con ser tanto lo último, y encontraronlo muy dispuesto a ayudar en la más eficaz de las formas: aprontando entre él y un grupo de amigos suyos, el papel y parte del costo que el impresor necesitaba recibir para cubrir una porción, al menos, del trabajo de sus obreros.

Aquel corazón bien puesto que fue en busca del impresor era el distinguido publicista y Profesor D. José G. Montes de Oca; el ilustre etnólogo francés, era D. Augusto Genin, a quien tanto deben las letras franco-mexicanas.

Pero el destino habíase empeñado en aplazar la publicación de aquel libro, conocido sólo por unos cuantos privilegiados a quienes el Lic. Belmar regaló los pliegos impresos personalmente por él y por su esposa en las prensas que para su propio uso manejaban ellos mismos.

Primero, todos los esfuerzos para recoger el resto de los originales a fin de completar el libro, encontraron el obstáculo bien grave de la enfermedad del Sr. Belmar; y cuando, por último, pudo obtenerse lo que se había salvado de la destrucción a que antes me refero, y los tres interesados consagrábase con todo afán, a realizar la impresión y ésta se hallaba casi a punto de ser terminada, las graves perturbaciones obreras del año de 1925, que conmovieron tan hondamente las Artes Gráficas Mexicanas, dieron de través con los importantes talleres del impresor y el trabajo hubo de suspenderse. Luego nuevas y gravísimas tribulaciones cercaron al citado impresor y cuatro años quedó en suspenso el libro que, por fortuna hay que esperar bien pronto quedará concluído.

Enorme revelación habrá de ser para los filólogos del mundo entero este libro, por la intensa labor realizada, por las nuevas orientaciones apuntadas.

\*.\*

En cuanto al etnólogo, cabe recordar que especialmente dedicó sus actividades al estudio de la raza zapoteca. Pudiera

decirse que no hubo rincón de su Estado natal, Oaxaca, que no visitara, ni costumbre que no analizara, ni cosa digna de mención que no señalara; pero acaso lo más útil de cuanto a este respecto ejecutó, fue no sólo su iniciativa para crear la Sociedad Indianista Mexicana, cuya mira y cuyo fin fue elevar el nivel moral, intelectual y material del indio; sino todo el enorme esfuerzo que impendió con tal propósito.

Con su afición a imprimir personalmente, en su propia casa, formaba el "Boletín" de aquella agrupación extinguida a causa del movimiento revolucionario que estalló en las postrimerías de 1910 y que dispersó a unos de los componentes de la Sociedad Indianista, destruyó a otros y acabó con las primeras escuelas rurales que el esfuerzo privado creó. Aquel "Boletín" era un llamado vibrante con que el hombre que de cerca había visto el padecer de los indios, que había vivido entre ellos, y que por ellos sentía verdadero amor, llamaba a todas las voluntades para que unidas realizaran la más patriótica de las tareas a que estamos obligados: regenerar a una raza tan digna de mejor suerte.

Y el juriconsulto que había llegado a ser el Secretario de Gobierno del Estado de Oaxaca y vino a convertirse más tarde en Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, se captó el respeto y la admiración de cuantos iban en busca de la ciega diosa.

Pero si allí su labor pudo apreciarse ampliamente, hubo otra callada y escondida que es indispensable mencionar de modo especial en esta sencillísima recordación del hombre de ciencia, tan modesto como sabio, del magistrado tan probo como recto; del caballero modelo de acabados caballeros.

El Lic. Belmar fue electo Secretario Perpetuo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y pocas veces ha tenido esta Benemérita Corporación un colaborador más asiduo, más eficaz, más inteligente, si es que alguien ha podido exceder la obra del Lic. Belmar: él inyectábale entusiasmo, actividad, vida fecunda.

Y cosa digna de mención también: durante los últimos días de la existencia ya en ocaso del Lic. D. Félix Romero, Presidente de la Suprema Corte de Justicia y Vicepresidente

de esta Sociedad —el Vicepresidente era entonces el presidente efectivo, pues el Ministro de Fomento lo era sólo por título legal— fue el Sr. Belmar el alma de la Sociedad y quien guió sus pasos con acierto.

Murió el Sr. Romero y todos los socios pusieron sus miradas en quien había venido, en rigor gobernándola, para elegirlo Vicepresidente; pero él rehusó con firmeza la elección, y prefirió seguir laborando calladamente, sin variación y sin desmayos; entonces demostró que sus esfuerzos eran ayunos de ambición por los honores; que su labor era resultante de su amor a la Ciencia.

Luego, los gravísimos trastornos políticos del país, lo afectaron de manera terrible; su salud comenzó a quebrantarse gravemente, y jamás olvidaré la emoción que me produjo el día en que tropas americanas empujadas por la orden brutal del presidente Woodrow Wilson invadieron Veracruz, derramando inocente sangre mexicana; el Lic. Belmar, agitado por singular emoción, desde el hemiciclo de Juárez, dirigió arenga vibrantísima a las multitudes para empujarlas al cumplimiento del deber que les imponía la defensa de su patria. ¡Cuánto debe haber sufrido al ver que las pasiones políticas dejaban hollar impunemente nuestra México, defendida en aquel puerto sólo por los esforzados cadetes de nuestra marina, y por un grupo de hombres del pueblo, guiados por el joven clérigo Enrique Mondragón!

Acaso aquella agitación misma acrecentó sus males y un velo comenzó a oscurecer su mente; tuvo que recluirse, que alejarse del comercio intelectual en que por tantos años había vivido, para sepultarse en el seno de su familia que, llena de aflicción, contemplaba el parcial eclipse de aquella brillante inteligencia.

Y entonces pudo advertirse lo que había sido la honradez acrisolada del ilustre Magistrado, por cuyas manos habían pasado asuntos en que se jugaban sumas cuantiosísimas. Ni las dádivas que manchan, ni los favores que envilecen, habían mancillado su toga y su conciencia, y pobre bajó del alto Soglio en que quiso administrar justicia.

A esta condición suya hubo que agregar los males que

ocasionaba la crisis general que en aquellos días soportaba el país entero: las familias carecían de pan, los hogares solían considerarse dichosos si un puñado de maíz aliviaba el hambre que por todas partes cerufase no como horrible espectro, sino como la más espantosa de las realidades: de las calles de nuestra "ciudad de los palacios" ¡oh ironía de nombre! eran levantados hombres, mujeres, niños moribundos o que habían muerto ya por falta de alimentos, devorados por el hambre. ¡Con espanto se recuerdan aquellos fatídicos sucesos!

¿Cómo esa crisis no había de afectar más a la familia cuyo jefe estaba incapacitado ya para seguir luchando, como antes había luchado siempre? Los hijos estaban ausentes educándose, comenzando a formarse hombres; las comunicaciones con el exterior, difíciles y tardías, por nuestras propias luchas y por el incendio de la guerra que devoraba al mundo, impedían siquiera saber de ellos, consolarse con ellos, acudir a ellos; y es indudable que todo este cúmulo de dolores, acaso entrevistados unos solamente, pero sentidos otros en su totalidad, acibararon más y más aquella vida que en momentos antojábase la representación de la muerte misma.

Fue durante uno de estos desenvolvimientos de su tristeza y de su desolación, cuando teniendo entre sus manos aquella obra monumental suya, que daría lustre a su nombre y gloria a su patria, pero que quizás pensó él jamás lograría ser publicada, comenzó a destruirla sin duda, experimentando la sensación misma de quien con sus propias manos también se desgarrara las entrañas.

Y la muerte llegó al fin calladamente y envolvió con su sudario la frágil y perecedera envoltura de aquel hombre probo como la Probidad, sencillo como la Sencillez, y de quien puede asegurarse que fue tan sabio como humilde y tan humilde como sabio.

Sólo unos cuantos amigos formaron el cortejo que acompañó hasta la tumba de temporalmente olvidado; pero su nombre no ha muerto, el Lic. Belmar mismo se construyó en vida, en la GLOTOLOGIA INDIGENA MEXICANA, el más hermoso, el más duradero, el más valioso monumento que haya de

transmitir su nombre a las generaciones venideras, especialmente a las que se consagren al estudio de las razas aborígenes.

México, Diciembre 13 de 1929.

FIN DEL TOMO 42

(XVI DE LA 5ª EPOCA)

